

# Introducción

Christian Claesson

Lund University, Sweden

**Índice** 1 La novela política en la España plurilingüe. – 2 Una mirada comparativa. – 3 Literatura española. – 4 Literatura catalana. – 5 Literatura vasca. – 6 Literatura gallega.

La década de 2010 ha sido, cuando menos, convulsa. Mirando hacia atrás, podemos discernir, entre la miríada de acontecimientos más o menos significativos, una serie de cambios y fenómenos que definen el mundo alrededor y nuestra forma de entender, navegar y situarnos en él. La caída de Lehman Brothers en 2008 fue, definitivamente, uno de los acontecimientos definitorios de los 2010, cuyas repercusiones causan una crisis económica, social, política y vital sin precedentes en la era del capitalismo avanzado. La crisis no conllevó grandes cambios en el sector financiero, gracias a los generosos rescates por parte de ese Estado del que el neoliberalismo se quiere declarar independiente; al contrario, la financiarización, la implementación de medidas neoliberales y el traslado del poder desde el parlamento hacia entidades supranacionales no democráticamente elegidas solo han aumentado. Los efectos de la crisis llevaron a una ola de protestas contra las medidas de austeridad y el déficit democrático en distintas partes del mundo.

En España, la crisis no solo supuso esa violencia económica y sistémica que se plasma en desahucios, despidos, desempleo, precariedad y emigración, sino también una serie de cambios políticos

importantes. La movilización popular del 15M y la energía política que desató se tradujo en un activismo heterogéneo y multitudinario. Aparte de los muchos movimientos de base, el 15M también propulsó a Podemos, el partido que sale prácticamente de la nada en las elecciones europeas de 2014, ante el estupor de la izquierda tradicional. El hastío ante el bipartidismo español también benefició a Ciudadanos, partido de centro-derecha que existía en relativo anonimato hasta el trueque postcrisis.

Después de unas décadas de bajo perfil, todavía tocado por la mala prensa del franquismo, el nacionalismo español salió a la superficie en los 2010. La victoria del Mundial de Sudáfrica no fue solamente un espectáculo de evasión en tiempos duros -«España es tan insuperable en el terreno de juego como su gente exhibiendo sus miserias. Celebrarán la victoria de unos millonarios aunque no tengan con qué llenar sus jarras», como constata Javier López Menacho (2013, 170) en *Yo, precario*- sino también permitió a muchos sacar la bandera rojigualda y expresar el amor patrio sin complejos ni tapujos. En octubre de 2011, ETA anunció una tregua unilateral y definitiva, poniendo fin a más de 50 años de existencia y 40 de lucha armada. El cese fue un alivio enorme, sobre todo para Euskadi pero también, en menor sentido, para España en general, aunque también significaba que la amenaza del terrorismo ya no se podía emplear para movilizar los sentimientos españolistas y así fortalecer una identidad nacional en sí relativamente difusa y conflictiva (aunque, a decir verdad, el fantasma de ETA sigue presente en cierto discurso político). Gran parte de la energía del 15M en Catalunya entró en una maquinaria independentista que ya estaba en pie, y con eso empezó un enfrentamiento entre nacionalistas que ha radicalizado a la población tanto en Catalunya como en otros lados de España; así, el independentismo catalán llegó a sustituir a ETA como ese *otro* necesario para fortalecer la identidad nacional español. El referéndum del 1 de octubre de 2017 en Catalunya fue una victoria astuta de los organizadores, pero llevó a un despliegue de violencia policial y judicial estatal, tanto en las semanas inmediatamente después como en el largo proceso del Tribunal Supremo y las duras condenas de cárcel de los líderes políticos y cívicos catalanes. Todo esto ocurrió en un país que, durante la mayor parte de la década, se consideraba la anomalía europea, por no tener un partido de extrema derecha en el parlamento. Ese excepcionalismo terminó cuando Vox se convirtió en la tercera fuerza política del país en 2019, después de un PSOE y un PP que ya habían recuperado el aliento. La vuelta de la extrema derecha a la política nacional fue, entre otras cosas, una reacción a las consecuencias económicas y sociales de la crisis, al creciente *soberanismo* (una palabra que entró en el diccionario político español en los 2010 y que no tiene equivalente en otros idiomas europeos) en Catalunya, al 15M y sus reivindicaciones

democráticas -sobre todo relacionadas a los derechos de la mujer- y como consecuencia de una herencia franquista nunca enfrentada democráticamente. Amador Fernández-Savater relaciona la emergencia de Vox al relato del consenso:

En la superficie, el relato consensual es un discurso de paz y concordia, moderado y equilibrado; pero por debajo es un discurso apocalíptico del miedo y la amenaza, rabioso y crispado. Es la paradoja constitutiva, estructural, de la cultura consensual española. Nos permite entender mejor fenómenos como Vox: no son 'lo otro' del consenso, sino la activación de su subtexto. (2021, 23)

Lo mismo se podría decir de los acontecimientos post-referéndum en Catalunya: la violencia policial y legalista del Estado, a una contraparte expresamente no violenta, es la (re)activación del discurso apocalíptico.

## 1 La novela política en la España plurilingüe

En el campo de la literatura española, la crisis constituye un antes y un después, con una gran cantidad de novelas y ensayos que incluyen la crisis al nivel temático y formal, y con una crítica más atenta a las dimensiones ideológicas y políticas de la literatura (véase Claesson 2018 para una mirada plural a los efectos de la crisis en la cultura española actual). David Becerra Mayor, una de las voces más prominentes de la crítica literaria política actual en el ámbito español, identifica el 15M, siguiendo a Alain Badiou, como el acontecimiento que desestabiliza el pensamiento hegemónico: aquello que «se define por su capacidad para nombrar el vacío y llenarlo de plenitud, llenarlo de verdad» (Becerra Mayor 2021, 33) y de «cambiar los nombres, perforar los saberes establecidos y transformar los códigos de comunicación y los regímenes de verdad» (34). La publicación de novelas los últimos años nos permite hablar de una narrativa que podríamos denominar *postcrisis*. El prefijo no quiere decir que la crisis realmente haya llegado a su fin, pero una crisis es, por definición, algo repentino y decisivo: un punto de inflexión. En este sentido, resulta más preciso afirmar que se están viviendo las consecuencias de la crisis en lugar de la crisis misma. De igual manera, el prefijo no implica una superación de los efectos de la crisis, sino más bien una forma de cuestionar o reconfigurar dichos efectos para comprender el cambiante panorama social, cultural y político. La novela *postcrisis*, pues, sería aquella que intenta entender los cambios sociales, culturales y políticos al cuestionar los efectos de la crisis, y no simplemente una obra de ficción que registra las consecuencias sin una consideración más profunda.

Sin embargo, sería un error pensar que la crisis económica de 2008 ha tenido la misma importancia en las otras literaturas del Estado. No es que hayan faltado las crisis –pueden ser políticas, sociales, identitarias, lingüísticas, territoriales, ecológicas– pero dependen de las circunstancias particulares de cada una de las comunidades. Según el capítulo de Júlia Ojeda Caba, en Catalunya, el acontecimiento que correspondería al 15M sería la sentencia que recortaba el Estatut en 2010; en Euskal Herria, siguiendo a Lorea Azpeitia y Eider Rodríguez, sería el cese definitivo de la lucha armada de ETA en 2011; y en Galicia, como indica Dolores Vilavedra, es el desastre del Prestige en 2002 que constituye el cambio de paradigma. Lo que tienen en común estos acontecimientos es que llevan a la *repolitización* de la literatura, la cual, según María Ayete, consistiría en una serie de novelas que ya no reflejan una narrativa dominante y pacífica, sino que destacan las inconsistencias y fisuras de la ideología hegemónica. En mayor o menor medida, la literatura refleja los cambios radicales de la sociedad –y las literaturas en otras lenguas tienden a reflejar justamente los problemas de esa comunidad lingüística– no solamente a nivel temático sino, sobre todo, a nivel discursivo.

En este libro, por lo tanto, el estudio de la novela postcrisis es también el estudio de la novela política actual. Cada autor busca sus propias dimensiones de lo político, dependiendo de cada contexto y cada perspectiva particular, pero lo que tienen en común estos capítulos es que investigan la repolitización de la novela como consecuencia de las crisis –en plural– recientes. En el presente libro, entonces, la comprensión de la novela política es diversa, concreta y contingente. Como los grandes acontecimientos mencionados arriba tienen lugar en 2010-11, aunque el ejemplo gallego es anterior, las novelas estudiadas también, normalmente, son posteriores a esa fecha.

Las literaturas del Estado español normalmente se consideran por separado, respetando las barreras lingüísticas, pero también institucionales e ideológicas, entre las disciplinas (para una discusión extensa sobre el tema, véase Claesson 2022). En este libro se hace lo contrario: se aplica una mirada comparativa para estudiar las similitudes y diferencias entre las novelas publicadas en los cuatro idiomas. Aunque hay razones para cuestionarlas, en este libro se han mantenido las denominaciones tradicionales de *literatura catalana*, *vasca* y *gallega* para referir al cuerpo de textos literarios exclusivamente escritos en catalán, euskera y gallego, respectivamente, y *literatura española* para denotar los textos literarios escritos en español por españoles. Ibon Egaña Etxeberria explica, en este volumen, que elige usar el término de literatura vasca exclusivamente para la literatura en euskera, porque considera que esta literatura representa un dominio artístico relativamente autónomo con sus propias normas, y además es un campo de estudio independiente cuya validez y

reconocimiento, a menudo debatidos, deben ser protegidos. No obstante, y sin reducir las particularidades de cada campo literario, este volumen parte de la premisa de que los campos también están hasta cierto punto interrelacionados: todos operan dentro de ese aparato político que es el Estado español. Todos están afectados por los vaivenes del sistema político, por sus éxitos y sus crisis, y todos funcionan acorde con su posición en la estructura estatal; el estudio de la literatura catalana, por ejemplo, nunca puede obviar el hecho de que es una literatura sin Estado y que opera en una realidad diglósica, donde los dos idiomas tienen distinto estatus y poder. Consecuentemente, la ambición de este libro es respetar las especificidades de cada una de las literaturas y, al mismo tiempo, ver cómo sus respectivas repolitizaciones se pueden leer en relación a las otras.

## 2 Una mirada comparativa

A pesar de las diferencias entre las literaturas del Estado, relacionadas a la configuración del campo literario y a las circunstancias sociales y políticas, está claro que también existen algunos paralelismos llamativos. En la literatura española, la crisis y el 15M son eventos muy importantes –incluso podrían contar como un acontecimiento badiouano– que llevan a una discusión muy amplia y una considerable producción novelística y crítica. En las otras literaturas, su relevancia es más cuestionable: es verdad que la crisis económica tiene cierta presencia, pero es una entre varias crisis, sean políticas, territoriales, lingüísticas o ecológicas. Lo que sí podemos destacar es que ocurre una fuerte repolitización de las literaturas del Estado en la década de 2010, lo cual coincide con la época postcrisis y es aumentado por fenómenos locales como el hundimiento del *Prestige* en 2002, el recorte del Estatut en 2010 y la tregua definitiva de ETA en 2011. Esta repolitización no denota tanto una vuelta a una literatura de ambición política –todas las literaturas tenían sus novelas políticas, incluso en el caso de la literatura española, mayoritariamente apolítica bajo la influencia de la Cultura de la Transición– como una intensificación del ímpetu político, exacerbado por las convulsiones sociales. Incluso en una literatura tan politizada como la vasca, fruto de una sociedad muy politizada, la década de 2010 supuso una ampliación de las miras políticas, donde *el conflicto* dejó paso a *los conflictos*.

También es importante destacar que la crisis no solo cambia la forma de escribir, sino también la forma de leer. Tanto la crítica profesional y académica como los lectores en general empezaron a leer desde una perspectiva política más crítica, para ver cómo la literatura vela y desvela las dinámicas ideológicas de la sociedad y las letras. Clave en esta concienciación fue el feminismo: en todas las literaturas

del Estado es patente que la década de 2010 fue el momento en que las perspectivas feministas empezaron a impregnar la literatura y su recepción. Las voces que antes no se habían dejado escuchar cambiaron, hasta cierto punto, lo que se entendía por literatura política.

Una de las razones de por qué la literatura sigue siendo relevante en una sociedad completamente saturada por material audiovisual es que es el arte verbal por excelencia. Es aquí donde se representan y se discuten algunos asuntos que son importantes donde es fuerte una lengua local, en todas sus dimensiones culturales. En todas las literaturas vemos que hay códigos y consensos específicos, donde el uso de una lengua condiciona también temas y acercamientos, que no se dejan traducir fácilmente a otras lenguas. La literatura es también donde se llega a discutir la lengua misma; no solamente sus particularidades intrínsecas, sino también su uso en una sociedad multilingüe.

En lo que sigue, se resumirán de modo relativamente corto los capítulos del libro, destacando algunos de los detalles importantes de cada estudio con una mirada en el conjunto general del volumen.

### 3 Literatura española

El capítulo de Maria Ayete Gil, «La novela política», resume algunos de los pensamientos sobre la novela política expuestos en su importante libro *Ideología, poder y cuerpo: la novela política contemporánea* (2023), y a la vez asienta las bases de la discusión en torno a la literatura y la política en el presente volumen. El capítulo identifica e investiga la repolitización de la literatura actual -hablar de una mera politización del campo literario sería obviar las novelas políticas que, aunque en menor medida que ahora, sí se publicaron en la década de los 2000-, que consiste en la publicación de novelas que ya no reproducen el relato hegemónico y sin conflictos, sino que resaltan cómo se ocultan las contradicciones y las grietas de la ideología dominante. Estas obras, especialmente las novelas en este contexto, abordan temas que anteriormente eran pasados por alto o minimizados, aunque siempre han estado presentes en la realidad, tales como la precariedad, la explotación laboral, los conflictos de clase, las estructuras de poder y las diversas formas de violencia. A estas obras que buscan revelar tales aspectos, Ayete Gil las categoriza como *novelas políticas*.

El capítulo demuestra cómo la literatura puede reflejar el pensamiento capitalista: por un lado, mostrando una sociedad donde parece existir solo la clase media y, por otro, retratando individuos que parecen invulnerables a las adversidades físicas y psicológicas. Sin embargo, lo que caracteriza a la novela política es su capacidad para exponer estas falacias, alejándose de esas representaciones simplistas y optando por iluminar realidades escondidas. Exponiendo las desigualdades

de clase y los efectos de la violencia sistémica, estas novelas no asumen automáticamente que el individuo es libre; en cambio, examinan y debaten esa premisa. Más allá de narrar la lucha del individuo por su autonomía, se enfocan en cómo el sistema y las condiciones materiales afectan a ese individuo. Además, nos muestran que el mundo en el que vivimos no es el único posible y sugieren que podemos aspirar a una realidad más justa y equitativa. En vez de centrarse únicamente en los conflictos personales, estas historias enfatizan desafíos colectivos que deben ser abordados de manera comunitaria. Es una literatura que no se esconde de las verdades incómodas: las desigualdades, los conflictos de clase y la explotación, así como el poder y la violencia ocultos en las acciones cotidianas y las palabras. Estas obras de ficción intentan construir una historia diferente en la que no se coloca en el centro lo que garantiza la reproducción del sistema – el individuo libre y no explotado –, sino la ruptura, aquello que generalmente queda sin decirse. Las ficciones políticas revelan el engaño de la noción de sujeto libre al mostrar las contradicciones inherentes a la misma idea de libertad. En resumen, exponen cómo la contradicción entre libertad y explotación atraviesa y moldea al individuo.

Como ejemplos de novelas políticas, Ayete Gil estudia brevemente *Clavícula* (2017) de Marta Sanz y *Yo misma, supongo* (2016) de Natalia Carrero. En la primera, a través de la escritura, se revela, entre otros aspectos, la fragilidad común de los seres humanos y las aflicciones de una mujer en el ámbito laboral, fruto de la inestabilidad y degradación del trabajo en el ámbito cultural. Desde una perspectiva consciente de su posición dentro del sistema productivo, la escritora usa su cuerpo como un espacio político y social para mostrar cómo este es afectado por dicho sistema y las repercusiones de integrar estos ‘cuerpos-sujetos’ en el marco del capitalismo contemporáneo. El cuerpo está impactado por la violencia estructural del sistema, un cuerpo que padece y se debilita: una entidad que internaliza las fuerzas o dinámicas del neoliberalismo. La segunda novela tiene un yo-narrador influenciado por tres elementos que la sumergen en un enfrentamiento con su entorno social y físico: su condición de mujer, su condición de madre y su pasión por escribir. Aunque el tema de la maternidad y el cuidado es esencial en el texto, se destaca particularmente la tensión que se manifiesta en la novela entre el impulso de escribir de la protagonista y un inconsciente ideológico que la presiona hacia la generación de ingresos. Los dos textos, concluye Ayete Gil, dan al lector la oportunidad de percibir la estructura ideológica de la realidad, es decir, nuestra visión ideológica específica como sujetos dentro del capitalismo. Además, resaltan las incongruencias de esa estructura, siendo notable la oposición entre libertad y explotación. Esta oposición se basa en la dualidad de la libertad capitalista que, por un lado, nos concreta en la realidad, pero por otro, nos ofrece una libertad meramente ilusoria.

---

En «La rebelión contra uno mismo. Literatura, ideología y ansiedad», David Becerra Mayor parte de las teorías de Jacques Lacan sobre lo simbólico, lo imaginario y lo real para hablar de los desplazamientos que lleva a cabo la ideología hegemónica, también discutidos por Ayete Gil, para tapar las contradicciones inherentes al sistema. Más allá de la reflexión ideológica, dice el autor, al otro lado del espejo de las contradicciones que la ideología tiende a atenuar, se halla *lo real*: esas contradicciones profundas que no se reconcilian, aquello que rara vez se menciona pero que constituye verdaderamente la esencia del individuo: un trabajador explotado cuya plusvalía es extraída por el explotador en el contexto de las relaciones capitalistas de producción. La noción de libertad y de un trabajador libre es una representación que desplaza y enmascara lo auténtico.

La hipótesis de base de Becerra Mayor es que la esencia fundamental del capitalismo radica en la explotación, una realidad que queda excluida de la relación ilusoria que el individuo mantiene con sus condiciones de existencia reales. Se desvanece en el momento en que el sujeto es interpelado por lo que Louis Althusser llama los Aparatos Ideológicos del Estado y se identifica con la imagen que el espejo ideológico le refleja. Lo real reside más allá de los símbolos y las representaciones y es, por tanto, lo que yace fuera de la influencia de la ideología, y también es el disfrute que se ha perdido de manera irrevocable, pero que seguimos buscando perpetuamente para comprender nuestra propia naturaleza y la opresión que experimentamos. Si llegáramos a comprender este aspecto real, podríamos comprender quiénes somos realmente y dar inicio a la lucha por nuestra emancipación. En el ámbito de lo real, se encuentran las contradicciones que la ideología tiende a ocultar, y al descubrirlas, el individuo podría liberarse o desvincularse de las ataduras impuestas.

En la literatura, esta acción de desplazamiento es sin duda de naturaleza ideológica y, como tal, conlleva efectos ideológicos inmediatos, ya que moldea y estructura una perspectiva del mundo. Para llevar a cabo su análisis, Becerra Mayor parte de la idea que aquí y en otros escritos denomina *la novela de la no-ideología*. Esta no está exenta de ideología, ya que ningún discurso, ya sea literario o no, puede estar fuera del ámbito ideológico, sino, siguiendo el pensamiento de Althusser según el cual la ideología nunca se declara ideológica, esta novela no aborda conflictos sociales ni problemas históricos de sus personajes. En su lugar, cualquier disputa se interpreta desde una perspectiva individual, con una perspectiva psicológica o moral. Este enfoque es en sí eminentemente ideológico y genera una percepción del mundo donde, en lugar de buscar causas políticas a los conflictos y actuar sobre ellas, los problemas se ven y enfrentan como cuestiones personales. Este procedimiento refleja la visión del capitalismo neoliberal, que prioriza lo individual sobre lo colectivo.

Esto se ve con toda claridad en las obras literarias que Becerra

Mayor analiza más detenidamente en su capítulo. En *La trabajadora* de Elvira Navarro, una de las novelas postcrisis más estudiadas de la literatura española, la medicación actúa como un amortiguador del conflicto, evitando su politización y relegando a la protagonista a un estado de carencia de subjetividad y agencia. La protagonista solo se presenta en el trabajo cuando los síntomas de su enfermedad están temporalmente bloqueados por la medicación. Por otro lado, en *Democracia* (2012) de Pablo Gutiérrez, el protagonista se convierte en un cuerpo sin estructura definida, transformando su angustia en una fuerza subversiva. Sin embargo, al abordarla de manera solitaria, esta fuerza no logra traducirse en la creación de una comunidad futura. Por último, *Clavícula* (2017) de Marta Sanz se origina en un contexto similar, partiendo de un cuerpo debilitado y vulnerable que no puede mantenerse al ritmo exigido por la sociedad neoliberal para mantenerse activo en el mercado. No obstante, en la obra de Sanz, se intenta simbolizar lo que realmente es auténtico, otorgar nombre al malestar, politizarlo y liberarlo de la esfera individual para reintegrarlo a la comunidad, conectándolo con el concepto de ‘nosotros’. Se reconoce que el dolor no se halla aislado ni es propiedad exclusiva del individuo, sino que tiene dimensiones políticas y sociales. A diferencia de una novela revolucionaria, estas obras no parten de una perspectiva colectiva (‘nosotros’), sino de la experiencia fragmentada de un ‘yo’. Además, no se esfuerzan por diseñar estrategias políticas específicas para abordar problemas concretos y ofrecer soluciones definidas, como lo haría una novela con ese enfoque.

En «Narrativa feminista», Isabelle Touton destaca una perspectiva clave en este volumen: la conciencia feminista en la década de 2010. Argumenta que la mayoría de los estudios que investigan las influencias del movimiento 15M en la narrativa contemporánea pasan por alto la notable influencia que el movimiento feminista ha ejercido en el ámbito literario. Desde el comienzo de la ocupación, el feminismo desempeñó un papel fundamental al impulsar y organizar el movimiento y responder con herramientas teóricas a las críticas, para luego convertirse en el movimiento post-15M más influyente y masivo, gracias a la adopción generalizada de sus prácticas.

Una de las manifestaciones más destacadas del despertar feminista en la narrativa postcrisis es la creciente prominencia de escritoras y la reivindicación de una sororidad sin precedentes, lo que se refleja en la tendencia de las autoras a leerse y citarse mutuamente, recomendarse y entablar diálogos en sus obras literarias. Además, no dudan en presentar obras colaborativas que contribuyen a la construcción de un pensamiento colectivo. Esto se fundamenta en la difusión, el refinamiento y el debate de conceptos y principios feministas que sirven no solo para la organización política y la ocupación del

ámbito literario sin mediación masculina, sino también para mejorar la vida de las mujeres, promoviendo la lucidez y la libertad.

Las mujeres enfrentan desafíos actuales tales como la violencia de género, las restricciones sobre su autonomía corporal, la disparidad salarial y las barreras invisibles en su avance profesional. Además, tienen que lidiar con presiones culturales arraigadas, como los ideales de amor romántico convencional, los estándares de la pornografía, las normas de vestimenta tradicional y los criterios convencionales de belleza. Existe también una resistencia reaccionaria de parte de la comunidad intelectual que teme que la cultura latina, caracterizada por su sensualidad, sea afectada negativamente por un supuesto puritanismo estadounidense asociado con el feminismo y los estudios de género. Así, la crítica a la comercialización y objetificación de los cuerpos femeninos a menudo se malinterpreta como una negación de la belleza y el deseo. En este contexto, las denuncias de violencia sexual y acoso a veces se perciben erróneamente como falta de sentido del humor, una incapacidad para participar en juegos de seducción, o incluso como un rechazo a los hombres. El cuestionamiento de la estructura desigual en la representación visual a lo largo de la historia del arte se asocia incorrectamente con la intención de censurar los cuerpos desnudos.

Como resultado de una mayor conciencia feminista postcrisis, las escritoras exploran lo que Touton denomina una *hermenéutica de los cuerpos*. Aunque los relatos personales sobre lo íntimo y lo corporal podrían parecer un ejercicio egocéntrico y la autoreflexión podría dar la impresión de excluir la escucha de las experiencias de los demás, narrar desde la perspectiva individual, en realidad, fomenta una conexión con otras personas a través de un vínculo que configura una genealogía común. Estas historias emergen de manos, pies y cuerpos marcados por el trabajo, la dominación, el silencio y la interpretación restrictiva del amor. Los conocimientos adquiridos recientemente también impulsan una reevaluación de los prejuicios y opiniones sexistas y clasistas que las generaciones anteriores de escritoras pudieron haber tenido acerca de las vidas de sus madres y abuelas.

Por esta razón, muchas narrativas contemporáneas tienden a estructurarse en un formato que refleja un *antes* y un *después*: el antes representa la internalización de los valores dominantes, y el después es el resultado de una reinterpretación crítica. Al dar voz a la experiencia encarnada y al cuerpo violentado de las mujeres, tanto en el pasado como en el presente, las autoras también reflexionan sobre el impacto de las narrativas en la formación de identidades individuales, las cuales pueden perpetuar juicios controladores, trivializar la violencia, fomentar el silenciamiento, o incluso justificar actitudes masoquistas.

La literatura feminista de la era postcrisis, concluye Touton, no se limita a tratar temas feministas; adopta un enfoque, una forma y

un lenguaje feministas. Esto no significa una uniformidad en la narrativa, sino más bien lo contrario: cada autora, desde su perspectiva única, tiene la libertad de expandir su imaginación más allá de los límites previamente establecidos por el canon androcéntrico, a veces en diálogo con estos discursos, y otras veces explorando territorios completamente nuevos.

#### 4 Literatura catalana

En «Ideología lingüística e identidad nacional en tríptico de Marta Rojals», Júlia Ojeda Caba subraya que en 2008 no solo estalló la burbuja financiera, sino también la burbuja ideológica en la que se encontraba el Estado español desde la Transición. Este evento puso de manifiesto la vulnerabilidad inherente del contrato social y político basado en el consenso y la armonía; anteriormente, solo había sido significativamente alterado por el conflicto vasco, tal como se había establecido en la Constitución de 1978. Además, se rompió definitivamente con la percepción de una normalidad inquebrantable, dejando al descubierto las estructuras, acuerdos, omisiones, agravios, disfunciones, dinámicas y jerarquías que, en épocas más estables, habían permanecido latentes y habían sido aceptadas como parte natural de la conciencia colectiva en general. En el caso catalán, argumenta Ojeda Caba, quizás no sea tan acertado hablar de un aumento en la producción de novelas políticas como de una repolitización, tal y como lo define María Ayete Gil en su capítulo, no tanto a raíz del 15M, sino más bien en relación con eventos vinculados al conflicto nacional catalán: el punto de inflexión definitivo, el *acontecimiento* catalán, fue la sentencia que recortó el Estatut en 2010. Ojeda Caba sitúa el cambio crítico en el marco de los estudios culturales y se relaciona precisamente con una voluntad de analizar los textos desde una perspectiva política, es decir, prestando más atención crítica a la dimensión ideológica de las obras literarias. Según la perspectiva de la autora, es fundamental considerar la noción de comunidad, o incluso el sistema político nacional, lingüístico y literario en los que el escritor y su obra están inmersos, ya sea de manera consciente o inconsciente, si deseamos identificar las evidencias de la repolitización de la narrativa catalana en la postcrisis.

Centrándose en una de las autoras más destacadas de la novela catalana postcrisis, Marta Rojals, Ojeda Caba interpreta la totalidad de su obra como un proyecto coherente que experimenta un desarrollo a lo largo de las tres novelas *-Primavera, estiu, etcètera* (2011), *L'altra* (2014) y *El cel no és per a tothom* (2018)-, a las que denomina un tríptico de la postcrisis catalana. En este contexto, propone un enfoque crítico que aborda los textos de manera interconectada y dialógica, lo que permite analizar cómo este conjunto literario ha representado

distintos aspectos del período postcrisis. Así, sitúa a Rojals en el centro del debate en torno a las literaturas de la crisis y las narrativas de la precariedad. Esta cuestión es parte del proceso de politización de la narrativa de Rojals y constituye una conexión entre las narrativas de la crisis económica y territorial y los nuevos relatos nacionales que surgieron en medio del contexto del Procés catalán. La manera en que Rojals aborda y se aproxima al lenguaje experimenta una progresiva evolución a lo largo de las tres novelas. En *Primavera, estiu, etcètera* encuentra una síntesis de su enfoque central: el dialectalismo (vinculando la lengua al territorio) y la resistencia a la estandarización. *L'altra* se centra en el impacto del bilingüismo y la globalización, y refuerza la noción de conflicto lingüístico como una forma de colonización interna, un tema que ya había surgido de manera sutil en su primera obra. Finalmente, en *El cel no és per a tothom* explora la necesidad de comprender la evolución histórica y social del catalán desde mediados de la década de 1960 (la última etapa del franquismo) hasta los primeros años de la *Normalització* lingüística y las primeras generaciones educadas en catalán. Es importante destacar que esta perspectiva cambia si, en lugar de analizar las novelas de forma independiente, las consideramos en un contexto más amplio que resalte cuestiones relacionadas con la ideología y la actitud lingüística. La representación de la diversidad geográfica que presentan las obras es un reflejo de la identidad nacional y debe ser analizada en paralelo con el crecimiento significativo del movimiento independentista catalán durante la última década. A través de este enfoque hacia la dimensión (socio)lingüística de la narrativa de Rojals, Ojeda Caba resalta un aspecto que hasta ahora ha sido poco explorado en su obra: la creación de un modelo idiomático reivindicativo y las cuestiones relacionadas, como la actitud y el compromiso lingüístico, la estructura formal de la obra y la perspectiva política sobre la lengua y el territorio. La sugerencia de abordar estas obras de manera conjunta es esencial para ver cómo el tríptico de Rojals se organiza en torno a tres ejes fundamentales: lengua, género y territorio.

En «Mujeres y prisiones. Precariedad y violencia en Maria Guasch y Núria Cadenes», Júlia Ojeda Caba y Teresa Iribarren examinan las representaciones literarias de la experiencia de cárceles femeninas – un tema que aún recibe poca atención en los estudios culturales y literarios catalanes – con el objetivo de aclarar cómo se construye este particular espacio narrativo y cómo se retrata a las mujeres encarceladas. Las autoras realizan su análisis comparando dos novelas escritas por mujeres y publicadas en el período posterior a la crisis, que tratan la relación entre mujeres y prisión: *Els fills de Llacuna Park* (2017), de Maria Guasch, que narra las heridas personales y paisajísticas causadas por el boom inmobiliario en una ciudad ficticia del Baix Llobregat; y *Secundaris* (2018), de Núria Cadenes, que retrata

la criminalidad en el Turó de la Peira en la Barcelona después de los JJOO de 1992. Aunque sus experiencias son muy diferentes, ambas autoras se basan en experiencias personales del entorno carcelario.

El análisis se basa en la premisa de que las dos novelas constituyen un gesto político con una intención feminista, al ficcionalizar una realidad marginal y otorgar un papel central al sujeto femenino, además de vincular las violencias machistas con la figura de la criminal. Para identificar cómo se representan la precariedad y la violencia que sufren las mujeres en estas obras, las autoras se preguntan de la manera en que se presentan las condiciones de habitabilidad en una institución concebida bajo una lógica privativa y tradicionalmente centrada en los hombres; cómo y desde qué perspectiva se representan a las presas; y en qué medida ambas novelas provocan una reflexión en el lector sobre las condiciones de las mujeres encarceladas. Teniendo en cuenta la ambición realista de las novelas y el contexto en el que han sido publicadas –un periodo de gran receptividad hacia discursos sobre la precariedad, la violencia contra las mujeres y la represión institucional (relacionada con el Procés Independentista)–, las autoras realizan un análisis literario en diálogo con textos de la sociología. Estos estudios examinan los factores de precariedad social, económica y de género que a menudo explican tanto el delito como las posibilidades de reinserción tras el confinamiento. En ese sentido, para interpretar la especificidad de los personajes y sus contextos penales en las novelas, es crucial considerar aspectos como la migración, la clase social y la educación. Además, dado que el análisis de esta realidad aún se encuentra en una fase inicial–como lo indican muchas sociólogas que han estudiado el encarcelamiento femenino–, hay que establecer un diálogo entre los estudios sociológicos que investigan los sistemas de exclusión penal desde una perspectiva de género y las representaciones literarias recientes de la ficción catalana, que, de diversas maneras, han narrado la vida de sujetos en condiciones de privación de libertad.

El enfoque interdisciplinario les permite a Ojeda Caba y Iribarren mapear algunas de las cuestiones clave en la representación de la institución penitenciaria femenina y de los perfiles de las mujeres reclusas, como el empobrecimiento y la inmigración, así como entender cómo las violencias estructurales se manifiestan de manera diferenciada en el caso de las mujeres.

Mercè Picornell inicia su capítulo «Casa, umbral, calle. Habitar la literatura catalana (y sus arrabales)» estableciendo que en la literatura catalana existen escasos análisis críticos que traten la crisis económica como tema literario y, además, son pocas las obras que la abordan como elemento central. Igualmente, destaca la ausencia de una conciencia generalizada acerca de que la crisis sistémica, cuyo símbolo es el año 2008, sea una cuestión prioritaria en la producción

literaria actual. Picornell reflexiona sobre las complejas razones detrás de esta ausencia de discurso literario sobre la crisis de 2008 en Catalunya, pero señala que no se debe solo a un distanciamiento de la narrativa catalana de la representación de la crisis y sus secuelas, sino también a que los discursos iniciales sobre el cambio que esta crisis suscita en el ámbito literario y cultural no resuenan con la misma intensidad en el contexto catalán como en el español.

La autora propone cuatro factores que pueden explicar esta ausencia:

1. La noción de 'shock' o desconfianza en las instituciones no resulta novedosa para una cultura que ha vivido múltiples crisis y que recientemente ha superado una censura focalizada en su lengua, la cual ha empezado a estudiarse en la educación primaria solo a partir de los años ochenta.
2. En línea con lo observado en los contextos vasco y gallego, las agendas políticas en los territorios catalanes se han visto influenciadas por cuestiones que van más allá de las repercusiones sociales de la crisis del 2008. Estas se suman a una tradición de luchas colectivas de marcada dimensión social, no solamente aquellas vinculadas a los sectores soberanistas de Catalunya, sino también a movimientos contra la urbanización excesiva y la corrupción política, especialmente manifiestos en la agenda de protestas de Valencia y en el movimiento ecologista de las Islas Baleares.
3. La institucionalización más reciente y fragmentada de la cultura catalana, que se divide en al menos tres autonomías con prioridades culturales diversas, podría ser una causa de que el disenso sea más evidente que en un contexto español unificado, donde la Cultura de Transición ha impuesto una suerte de desánimo ante debates controvertidos.
4. A pesar de que la literatura catalana pueda parecer menos prominente en términos de audiencia, visibilidad pública, capital económico y producción editorial -un hecho que podría potenciar la visibilidad de las divergencias de opinión-, persiste una cierta percepción de unidad que emana de discursos de resistencia predominantes durante el franquismo. Esta unidad se resiste a subordinarse a un proyecto político o nacional específico y tiene la intención de incluir lo que se desvía de la norma, minimizando distinciones operativas en otras literaturas, como la diferencia entre lo popular y lo selecto, y entre lo mediático y lo culto.

Picornell considera reduccionista pensar que la escasa presencia de narrativas comprometidas sobre la crisis en la literatura catalana sea indicativa de desconexión con la realidad política; en cambio, refleja la diversidad de géneros y temas que deben atenderse en una literatura con un público más limitado que el de la literatura castellana.

Para abordar tanto los temas principales como los más sutiles, Picornell propone una metodología basada en una triangulación entre los conceptos de *casa*, *umbral* y *calle*, que le permite enfocar la crisis desde uno de sus aspectos más críticos: la burbuja inmobiliaria y sus efectos, tales como la especulación, la precarización habitacional, la hipotecarización de los ciudadanos y la violencia institucional y física de los desalojos. Picornell observa que algunas de las representaciones más contundentes de las consecuencias de la crisis se encuentran en las fronteras de lo literario, zonas que a menudo no son exploradas por las editoriales y la crítica tradicional. Es en estos intersticios donde a menudo emergen expresiones dinámicas y potentes, que no se adhieren a géneros establecidos y que adoptan formas narrativas que trascienden la novela, manifestándose en documentales creativos, arte conceptual y teatro experimental. La casa, o su ausencia, se erige como un contraste que trasciende lo convencional, no desdeña lo comercial y valora diferentes formas de narrativa, incluyendo la literatura infantil, la testimonial y la derivada de procesos interartísticos que incorporan diversas modalidades de textualidad o que se expresan a través de medios visuales o performativos. El recorrido del capítulo descubre un panorama complejo en el que, pese a no abundar en narrativas centradas explícitamente en la crisis y sus efectos, el contexto social y su influencia en las vidas de los personajes son de gran relevancia.

## 5 Literatura vasca

¿Ha habido un giro político en la literatura vasca después de la crisis de 2008? En «Nuevas voces para el viejo conflicto, viejos conflictos para el nuevo mundo», Lorea Azpeitia y Eider Rodríguez destacan que la literatura vasca siempre ha estado impregnada de connotaciones políticas, al menos desde el siglo XX. El euskera es una lengua minoritaria cuyo proceso de estandarización apenas tiene medio siglo de existencia. Este proceso se desarrolló en los últimos años del régimen franquista, cuando el simple acto de escribir en euskera, independientemente del contenido, a menudo se consideraba un acto político en sí mismo (en algunos casos, aún se considera así). Cuando se habla de crisis y transformación en el ámbito político en el contexto vasco, los momentos clave y los eventos son distintos a los del ámbito español. Aunque el fin de la lucha armada de ETA en 2011 puede ser considerado el *acontecimiento* vasco por excelencia, el cambio de era en la política institucional vasca había comenzado a gestarse años antes, prefigurando un cambio en la esfera política, social y artística. Es importante destacar también que, paralelamente, una vez pasados los años más turbulentos del conflicto armado y cuando el panorama político comenzaba a teñirse de tonos

más democráticos, el Movimiento Feminista de Euskal Herria empezó a ganar fuerza y hoy se ha erigido como uno de los movimientos políticos más influyentes.

Según Azpeitia y Rodríguez, se ha producido una cantidad considerable de literatura política en euskera, aunque quizás sería más acertado decir que se ha escrito mucho acerca de la política; la etiqueta de 'literatura política' solía reservarse exclusivamente para las novelas escritas por autores considerados de izquierda, independientemente de que sus obras trataran o no el conflicto. Escritores como Bernardo Atxaga, que han creado una obra extensa centrada en el conflicto armado vasco, no han sido etiquetados como escritores políticos. En cualquier caso, ha habido una prolífica producción literaria, tanto antes como después del cese del fuego permanente. Para elucidar el cambio en la producción y recepción de las novelas políticas, las autoras dividen las novelas que se centran en el conflicto armado vasco en dos etapas. La primera abarca desde la Transición hasta el año 2000, caracterizada por relatos donde los hombres escriben sobre otros hombres en el centro del conflicto. La segunda etapa, desde el año 2000 hasta la actualidad, se distingue por el alto el fuego definitivo de ETA en 2011 y la creciente influencia del Movimiento Feminista, que representa un punto de inflexión crucial. En esta segunda etapa, emergen nuevas voces que antes habían sido marginadas o silenciadas, y poco a poco, el conflicto singular da paso a otros conflictos, en plural.

Para evidenciar este cambio, Azpeitia y Rodríguez examinan algunas novelas que consideran auténticamente políticas del segundo período, como manifestación evidente de la evolución en la forma de abordar la narrativa sobre el conflicto vasco. En *Gerra txikia* (2014; *La pequeña guerra*, 2017) de Lander Garro, son voces no tradicionales las que contribuyen a narrar lo que está ocurriendo: madres, hermanos, compañeros de clase y otros hijos e hijas de exiliados. Argumentan Azpeitia y Rodríguez que, aunque en esta novela los conflictos siguen siendo personificados por personajes masculinos (miembros de ETA y agentes de policía), son los niños y niñas que viven en su periferia quienes relatan la historia; es digno de mención que, salvo en la literatura juvenil, la perspectiva infantil ha estado ausente en la narrativa vasca sobre el conflicto. *Jenisjoplin* (2017; *Jenisjoplin*, 2020) de Uxue Alberdi retrata a una protagonista cuya lucha contra el sida, además de vincularla con su pasado, la incita a abandonar su naturaleza reactiva y a reevaluar su identidad sexual, uno de los ejes fundamentales de su identidad. En esta novela, el conflicto de género y la problemática del sida, que a menudo quedan eclipsados por el conflicto armado vasco, adquieren relevancia al dar voz a narrativas marginadas y desafiar la hegemonía del conflicto nacional. Finalmente, *Aitaren etxea* (2019; *La casa del padre*, 2020) de Karmele Jaio hace eco del poema clásico de la literatura vasca, «Nire aitaren etxea» (1963; «La casa

de mi padre») de Gabriel Aresti, emblema de la reivindicación de la lucha de liberación nacional. Sin embargo, en la novela de Jaio, la casa del padre asume un matiz diferente: aquí, los enemigos provienen del propio hogar: hombres autóctonos y reales, potenciales agresores de mujeres. La socialización de las mujeres y las responsabilidades que componen su rutina diaria, incluyendo las cargas laborales y familiares, limitan su participación en la esfera cultural y política, lo que repercute negativamente en su autoridad, tanto económica como en el sentido social, cultural, político y simbólico.

La asociación de los términos *literatura vasca* y *política* conduce, inevitablemente, a reflexionar sobre una tercera noción: el *conflicto vasco*. En «Desplazamientos de lo político. Del conflicto armado a los discursos feministas», Ibon Egaña Etxeberria impugna la hegemonía del conflicto nacional como único discurso político en la literatura y expande la noción de lo político para incorporar las corrientes feministas que han permeado la literatura, a la vez que interroga sobre la relevancia de la clase social como origen de conflicto.

Egaña Etxeberria postula una vinculación ineludible entre la temática e ideología de las novelas y los cambios sociopolíticos significativos de la era, examinando cómo estos elementos se entrelazan con la evolución del ámbito literario vasco. Estos factores influyen en la recepción y difusión de las obras, así como en su carácter político. La interacción entre el conflicto nacional y la literatura ha sido históricamente cargada de ideología; no obstante, diversas novelas recientes han abordado el conflicto desde ángulos que deliberadamente evitan cuestionar o desafiar políticamente el presente, retratándolo como si estuviera exento de problemas, apolítico o carente de conflictos manifiestos. Estas obras reflejan un consenso general sobre el presente, insinuando la desaparición del conflicto nacional tras la cesación de la violencia, y concuerdan en cómo interpretar el pasado, que implica, entre otros factores, minimizar o desechar las motivaciones políticas detrás de la violencia perpetrada por ETA.

Este consenso implica la exclusión de ciertos discursos políticos y establece que las razones políticas detrás de la violencia deben ser omitidas en la narrativa, creando así un obstáculo discursivo que impide la inclusión de las motivaciones políticas de la violencia de ETA en la literatura. Si bien es cierto que la legislación española prohíbe determinados discursos políticos en el ámbito público, penalizándolos como apología del terrorismo y que tal restricción alcanza, en cierta medida, al terreno de la ficción, el silenciamiento respecto a las motivaciones políticas de los personajes no responde exclusivamente a esta prohibición legal. También está relacionado con la manera en que se construyen estos consensos.

El segundo enfoque del capítulo de Egaña Etxeberria es la cuestión de género y el ascendente protagonismo de las perspectivas

feministas en el contexto sociopolítico vasco. Como sostienen también Azpeitia y Rodríguez, el movimiento y la crítica feminista en Euskal Herria han redefinido el concepto de ‘conflicto político’ al promover la idea de ‘conflictos vascos’ en plural, reconociendo así la multiplicidad de cuestiones políticas en lugar de subsumirlas bajo una única categoría. Literariamente, esto ha posibilitado que ciertas temáticas, estilos y enfoques literarios hallen su lugar en la narrativa vasca y sean interpretados desde una óptica política feminista, una perspectiva inédita hace apenas una década. La politización de asuntos como el cuidado, la maternidad y la vulnerabilidad se ha vuelto cada vez más patente. Además, los cambios más notorios quizás se perciban en la recepción de las obras de autoras, cuya presencia entre los galardonados con premios institucionales se ha incrementado, reflejando una validación por parte de instituciones que, hasta hace poco y con contadas excepciones, han sido reacias a reconocer a las escritoras. En el ámbito de la crítica literaria, se ha notado un aumento de reseñas escritas por mujeres en la prensa, y la crítica académica ha empezado a emplear de manera gradual las herramientas del análisis feminista.

Más allá de lo ocurrido tras la crisis financiera de 2008 y el 15M, la representación de la clase social en la literatura en euskera es un tema de gran complejidad. La preeminencia del conflicto nacional ha propiciado que la nación se contemple como el principal antagonismo político, moldeando la identidad vasca y relegando, en ocasiones, la cuestión de clase. También es pertinente considerar factores sociolingüísticos para comprender esta dinámica: a pesar de que algunos sectores relacionados con la cultura en euskera puedan ser militantes y precarios, los datos sociolingüísticos muestran que la población euskaldun es minoritaria tanto en las clases altas como en las bajas, con una presencia más notable en las clases medias. Esto repercute tanto en la creación como en la recepción de la literatura, que se manifiesta principalmente en un amplio espectro de la clase media.

Sin embargo, sería un error concluir que en la reciente literatura vasca no existen obras que aborden temas como la explotación capitalista, la crisis financiera o la precariedad laboral. La cuestión yace en que la recepción crítica y mediática de estas obras ha sido más discreta en comparación con otros temas, y aún no se ha consolidado un discurso colectivo que las aglutine, como sí ha ocurrido con el feminismo. Las transformaciones en la politización, concluye Egaña Etxeberria, exigen nuevas conceptualizaciones de lo que implica ser político y estrategias críticas renovadas capaces de desentrañar la complejidad de lo político.

Igual que en los otros capítulos sobre la literatura vasca, Amaia Elizalde Estenaga señala en «¿Qué hacer con la deuda intergeneracional? Pasados traumáticos, espectros y transmisión» que, aunque la crisis económica tuvo su impacto en el contexto vasco, no se evidencia un cambio cultural significativo que haya fomentado un enfoque más crítico y socialmente consciente en la literatura. A diferencia del aparente letargo en el contexto español, no se detecta un periodo similar de inactividad en la sociedad y la literatura vascas. Desde el término de la era franquista, ha prevalecido una conciencia crítica constante en cuanto a la organización social y la soberanía-identidad.

No obstante, es crucial resaltar que los cambios significativos en el panorama sociohistórico que se estaban forjando a finales del siglo pasado y los que han acontecido en las últimas décadas, particularmente en relación con el feminismo y la cuestión de género, así como con la lucha armada de ETA, han ejercido influencia en la literatura vasca contemporánea. El cambio no se refleja necesariamente en la temática, sino en el enfoque y la perspectiva con que se trata. El cuestionamiento de las perspectivas dominantes masculinas sobre el conflicto, iniciado a principios del nuevo milenio, amplió el abanico de miradas y enfatizó cuestiones relativas a la genealogía del conflicto, es decir, las múltiples facetas de su evolución histórica, la transmisión (o su ausencia) de dicho conflicto, así como la autocritica y el reparto de responsabilidades. Estos tres temas, íntimamente relacionados, han permitido una diversidad de enfoques y reflejan el deseo de contribuir a los discursos culturales sobre el conflicto desde distintas ópticas. Ello se debe a la percepción de una deuda intergeneracional, que conlleva la necesidad de ofrecer una explicación sobre por qué la confrontación directa entre el Estado español y ETA perduró hasta la segunda década de este siglo. La existencia de esta deuda es sumamente compleja y atañe a las generaciones más jóvenes, abarcando elementos emocionales, ideológicos, identitarios, y también intereses políticos y económicos circunstanciales.

Estudiando tanto novelas como obras teatrales, Elizalde identifica la presencia del *espectro*: algo que emerge del pasado no porque se invoque deliberadamente, como ocurre con la memoria, sino porque plantea interrogantes sobre el presente. Desde una perspectiva deconstructivista, su propósito sería desestabilizar las dicotomías establecidas, las distinciones binarias y las certezas ontológicas. Cuando la narrativa oficial en torno a los conflictos vascos tiende a simplificarse a un fenómeno de ‘terrorismo’ y se estructura en un discurso oficial jerárquico y binario, con poco espacio para los matices, sobre todo considerando la vigilancia y la legislación post-ilegalizaciones, no sorprende que la literatura vasca esté impregnada de apariciones del pasado. Además del elemento de la enfermedad, otro rasgo de la manifestación o retorno del pasado traumático en la literatura vasca sobre el conflicto espectral es que no siempre procede del mundo

de los muertos, sino que también emergen figuras de desaparecidos, clandestinos o prisioneros. Junto con el análisis de cómo el pasado traumático se manifiesta en la literatura vasca, es fundamental explorar cómo se transmite esta memoria traumática y, en particular, la tendencia a interrumpirla. Esto responde al deseo antes mencionado de saldar la deuda intergeneracional y de proteger a las futuras generaciones evitando la perpetuación de la memoria traumática.

En general, según Elizalde, la literatura vasca se ha distinguido por abordar las crisis de forma penetrante. En este espacio cultural, la reflexión y la crítica social han evolucionado de manera orgánica y diversa, en contraste con los medios convencionales o el discurso oficial. A pesar de las características señaladas en la literatura vasca sobre el conflicto vasco, a menudo se le acompaña de una reflexión crítica sobre su evolución. Esta es la realidad literaria que desafía Fernando Aramburu en *Patria* (2017), una realidad discursiva en el ámbito de la ficción que se resiste a respaldar una narrativa confrontativa basada en categorías binarias rígidas, tales como víctimas frente a victimarios, ganadores frente a perdedores o, en última instancia, buenos contra malos. En este contexto, revelar verdades ocultas implicaría cuestionar o incluso romper con un consenso que se ha vuelto casi sacrosanto, desafiando así los esfuerzos por mantener la narrativa establecida y los beneficios obtenidos al perpetuar la idea del 'Otro' como un bárbaro incivilizado, lo cual sirve para fortalecer la identidad del 'Nosotros' como portadores de valores positivos.

## 6 Literatura gallega

Pablo Pesado destaca en «Imaginarios dóciles, ansiedades soberanas. Límites políticos de la imaginación distópica» que ha habido un notable auge en la ficción distópica en diversos medios artísticos. El incremento se puede vincular a un cambio en las expectativas de futuro, agravado por la creciente certeza del cambio climático y el pesimismo generalizado. Este tipo de narrativas se ha vuelto especialmente relevante no solo porque su contenido resuena con los temores contemporáneos, sino también porque sirve como herramienta para interpretar las preocupaciones de la sociedad. En el capítulo, Pesado investiga cómo la conciencia política de las 'clases letradas gallegas' ha evolucionado durante este periodo.

Desde una perspectiva temática, el asunto principal de la producción distópica gallega postcrisis ha sido, en su mayoría, el ecologismo, seguido por el feminismo. Estos temas reflejan las preocupaciones dominantes en la esfera pública gallega durante este periodo. Sin embargo, es notable la ausencia de narrativas que aborden cuestiones como el derecho de autodeterminación o la represión política de movimientos independentistas. Lo que se podría denominar el *mapa*

*de ansiedades* refleja las preocupaciones dominantes pero también sugiere la existencia de silenciamientos estratégicos, donde la ausencia de ciertos temas no es simplemente un vacío, sino posiblemente una omisión deliberada. La literatura distópica gallega revela tanto lo que la sociedad teme como lo que elige no abordar abiertamente. El análisis de la ficción distópica gallega postcrisis sugiere que los autores gallegos tienden a evitar retratar a Galicia como una entidad política autónoma: a pesar de que hay más de cuarenta obras que especulan sobre el futuro, casi ninguna aborda directamente la idea de Galicia como una entidad política separada.

Dos tendencias destacan en la literatura distópica gallega. La primera es la creación de distopías abstractas, que bien carecen de lazos con la historia presente o los tienen, pero de manera muy difusa. La segunda muestra a Galicia como telón de fondo, pero sin aludir a sus relaciones políticas con España. En estas obras, aunque aparecen localidades reconocibles de Galicia, la región se presenta más como un terreno yermo que como una entidad política unificada. Pesado sugiere que los autores se encuentran atrapados entre dos imperativos: no representar a Galicia como una entidad política autónoma y, al mismo tiempo, no ubicar narrativas escritas en gallego fuera de Galicia. Romper estos supuestos llevaría a transgredir un 'tabú ficcional' asociado a la cultura literaria y la normalización lingüística. Un ejemplo notable de desviación de esta tendencia es *Obediencia* (2010) de Antón Lopo, que se destaca por su propuesta audaz de un nuevo mapa de territorios y soberanías. Sin embargo, incluso esta obra se queda corta en su imaginación de la soberanía gallega, sugiriendo una república gallega de corta duración y subordinada a una entidad más grande. A pesar de los amplios márgenes creativos que ofrece el género distópico, las representaciones literarias del futuro gallego en el período postcrisis han sido en gran medida conservadoras.

Pesado postula dos razones para la falta de distopías que imaginan una Galicia independiente. En primer lugar, está la influencia política externa, que refleja la relación de dependencia política de Galicia con España. Tras la crisis, ha habido un resurgimiento del nacionalismo español, que a menudo ha marginado las discusiones sobre el estatus gallego. Movimientos como el 15M han reforzado el nacionalismo español progresista, posiblemente desviando la atención de la cuestión gallega. La literatura, siendo un reflejo de la sociedad, podría haberse visto influenciada por estos cambios sociopolíticos, llevando a una reducción en el interés por la soberanía gallega. En segundo lugar, tenemos la normalización lingüística. Esta política, iniciada en 1983 con la aprobación de una ley, buscaba promover una literatura gallega que emulara a la literatura española contemporánea, la cual se había modelado en la Cultura de la Transición. Esta normalización llevó a una despolitización de la literatura gallega, favoreciendo obras

que no tratasen de forma explícita cuestiones nacionales. De hecho, la adopción acrítica de los modelos literarios de la España postfranquista puede haber limitado la capacidad de los autores gallegos para abordar temas de identidad y soberanía nacional en sus obras.

En resumen, aunque el género distópico suele ser una herramienta poderosa para explorar futuros alternativos y cuestionar el *status quo*, la literatura distópica gallega del período postcrisis ha sido cautelosa al tratar la independencia gallega o el autoritarismo español. Las presiones políticas y culturales, tanto externas como internas, han modelado esta tendencia, resultando en una representación limitada de la soberanía política gallega en la literatura contemporánea.

En «Teoría y crítica del *roman à clef*. Propuestas de lectura de la novela política», María do Cebreiro Rábade Villar establece una conexión entre la narrativa ficticia y el concepto de la novela familiar interpretado desde la perspectiva freudiana. De este modo, lo que habitualmente se ha designado como la ‘gran familia del galleguismo’ se postula como un mecanismo rector de las narraciones culturales hasta tal punto que gran parte de la novela gallega contemporánea podría interpretarse como *roman à clef*. Desafiando la noción de que este género tiene una tradición limitada en las literaturas de la península ibérica, la autora no solo reinterpreta la literatura gallega bajo esta luz, sino que también pone en tela de juicio la propia definición de ficción. ¿Y si partimos del supuesto de que ninguna novela es, en su esencia, puramente ficticia y que la comunidad imaginada de las naciones modernas no es una mera creación, sino un acto simbólico? Bajo un enfoque lacaniano, donde lo real sería el encuentro potencial entre escritores, personajes y lectores, Rábade Villar sugiere que la fraternidad que la novela moderna forja no descansa meramente en la ficción como juego imaginativo, sino en la posibilidad de que los lectores se vean a sí mismos involucrados en un dominio autorreferencial donde también podrían ser los protagonistas. Este dominio les brinda, además, la oportunidad de reflexionar sobre su propio momento histórico y definir sus papeles como actores de su tiempo.

A partir de este planteamiento, el capítulo subraya que, aunque los referentes en las novelas de Diego Ameixeiras, entre otros, son fácilmente reconocibles para sus lectores, la recepción de estas obras, con la excepción de las críticas más especializadas, ha ignorado en gran medida sus implicaciones sociopolíticas. Es posible que esta omisión derive de la naturaleza de ‘novela familiar’ asociada al *roman à clef*, donde las tramas violentas expuestas por los autores son tratadas como secretos familiares, compartibles en círculos íntimos, pero cuya divulgación abierta podría amenazar la cohesión de la identidad comunitaria que los enmarca y justifica.

La autora examina la narrativa de Alberto Lema, particularmente el lapso comprendido entre *Unha puta percorre Europa* (2008) y

*Da máquina* (2012), que representa uno de los ejemplos más elocuentes de la literatura gallega en tiempos de crisis. La primera, en particular, sobresale en la obra de Lema, principalmente por su capacidad para anticipar la agenda política postcrisis. Centrándose en Ada y Luz, dos estudiantes económicamente precarias la Santiago de Compostela de principios de milenio que recurren a la prostitución como forma de activismo político, la novela se relaciona directamente con el intenso debate social contemporáneo en España sobre el activismo de género, la diversidad sexual y el dilema de legalizar o no la prostitución. Para Lema, el período de 2008 a 2021 se refleja también al nivel colectivo, simbolizando un abanico de posibilidades definido por tres elementos: a) la movilidad social que, consolidando el acuerdo económico y político de la Transición, permite el acceso a la educación universitaria a alguien de clase trabajadora; b) la inestabilidad laboral y la precariedad posacadémica, características de su generación y más aún de las sucesivas; y c) el tránsito, inesperado pero plausible, de la política asamblearia de base o estudiantil a la política formal. Otra novela más reciente, *Pazo de inverno* (2021), se inscribe directamente en el escenario político que abarca desde el 15M hasta las Mareas, con claves políticas, sociológicas y económicas implícitas. La trama se desarrolla en una ciudad denominada Faro, que cualquier lector gallego identificará rápidamente como un trasunto de la Coruña, adinerada y corrupta, cuyas élites se resisten a ser dirigidas por jóvenes inexpertos que reivindican ser herederos del 15M.

La autora concluye que su análisis no revela únicamente una nostalgia por una derrota, ni un acercamiento a la vez revolucionario y formalista al estilo de Julio Cortázar. En lugar de ello, estas narrativas parecen servir más bien para mitigar emociones como la frustración o la ansiedad, en vez de actuar como mecanismos reveladores de síntomas o dinámicas sociales aún no articuladas. Si es cierto que toda narrativa personal conlleva una justificación intrínseca, entonces es imprescindible reflexionar sobre esas historias que, naciendo de movimientos colectivos, muestran al narrador en su intento de funcionar como portavoz, solo para reconocer finalmente su propia insuficiencia.

Por último, en «Posibilidades disidentes en la narrativa post-Prestige», Dolores Vilavedra parte de la idea de que el evento que realmente sacudió el sistema dominante –tanto político como social– en Galicia no fue el 15M; suponer que los efectos de la crisis entre 2008 y 2011 fueron uniformes en toda España es una visión simplista, basada en conceptos propios de la cultura española centralista, que lleva a ignorar o tergiversar las particularidades culturales de las regiones bilingües. En Galicia, el *acontecimiento* fue el desastre del Prestige en 2002, con profundas consecuencias económicas, políticas, históricas y literarias. Lo que sucede después del acontecimiento

es una repolitización de la sociedad y de la literatura, donde es crucial reconocer que la acción política está intrínsecamente ligada a la esfera colectiva. Aunque la subjetividad puede entenderse desde un prisma político, esta siempre requiere la validación de 'los otros'. Si lo que es políticamente efectivo está vinculado con superar nuestras restricciones, en el ámbito literario esto se traduce en historias que expanden nuestro horizonte político, es decir, cómo ciertas obras pueden ensanchar nuestra percepción de lo diverso. La literatura gallega ha estado creando y consolidando estos espacios de forma sutil, debido a la capacidad de adaptación e innovación de las culturas periféricas, que están menos influenciadas por las agendas de las grandes editoriales y autores. Estas culturas, por su menor tamaño demográfico y económico, suelen ser pasadas por alto por las dominantes, lo que les permite forjar caminos innovadores con mayor profundidad.

Vilavedra examina tres enfoques que, a través de la narrativa de este siglo, han logrado cuestionarnos –tal vez como resultado de la reactivación política post-Prestige– para imaginar una Galicia diferente: el desafío a la visión totalizante de las utopías mítico-fantásticas, el aprovechamiento del potencial político del género policial y el emergente papel del feminismo, transformando a las mujeres de víctimas en 'activistas insólitas'. Una interpretación unificada de estas tres corrientes se refiere a entender la novela política como aquella que abre puertas a una visión renovada –principalmente política– donde la marginalidad y la heterodoxia son vistas como modelos alternativos viables. La autora sugiere que el enfoque no debería ser tanto identificar una inherente naturaleza política en ciertos textos, sino reconocer que estos pueden incentivar interpretaciones políticas.

La evolución de las utopías fantástico-míticas ha transitado desde un inmovilismo complaciente hasta una visión distópica y catastrófica. En tres obras destacadas, las situaciones de crisis surgen directamente de la acción humana y no de eventos aleatorios o de fuerzas incontrolables de la naturaleza. Dichas obras reflejan escenarios reconocibles y plantean preguntas urgentes a las que la sociedad aún busca respuestas. A diferencia de las utopías tradicionales, estas narrativas no proponen visiones totalizadoras sino que admiten contradicciones, abriendo así el camino hacia posibles cambios.

El género policial puede adquirir dimensiones políticas significativas, como en el caso de *Asasinato no Consello Nacional* (2010) de Diego Ameixeiras. Aunque en un principio invita a los lectores a identificar a los personajes con sus contrapartes reales, la trama central acaba siendo secundaria ante la crítica del poder mediático. La novela cuestiona cómo los medios de comunicación modelan nuestra percepción de la realidad y cómo limitan nuestra capacidad para imaginar mundos alternativos.

En lo que respecta al precariado femenino, la narrativa contemporánea gallega desafía la noción de que la literatura moderna carece

de conflicto o conciencia política. A diferencia de la literatura española, la gallega ha abordado el deterioro de las condiciones de vida de las generaciones recientes, en particular de aquellos que crecieron durante la Transición. Estas generaciones, provenientes de la clase media, enfrentan expectativas frustradas y están al borde de la exclusión social. Notablemente, las escritoras han sido pioneras en denunciar este declive, explorando la dimensión política de sus narrativas. Estas obras buscan resaltar conflictos de clase, aunque no siempre ofrezcan soluciones claras a los problemas planteados.

En Galicia se ha observado una tendencia hacia la normalización de la literatura crítica, con la aparición de obras que presentan el disenso como una parte natural de su realidad ficticia y que inspiran visiones alternativas de los gallegos. También se ha prestado mayor atención en la literatura gallega a las facetas más crudas de la realidad. Sin embargo, no se ha producido un esfuerzo inmediato por emplear la literatura para promover una nueva visión política, lo que puede estar relacionado con la pérdida de fe colectiva en una Galicia y un futuro alternativos, marcada por el colapso del gobierno bipartito en 2009 y las circunstancias en que este sucedió. Con respecto al panorama literario, Vilavedra concluye que, a pesar de ciertos ejemplos notables, el impulso comunitario post-Prestige y su potencial para desestabilizar han sido limitados; el status quo lo constituyen narrativas que no logran ir más allá de tratar ciertos problemas desde un punto de vista puramente personal o específico.

## Bibliografía

- Ayete Gil, M. (2023). *Ideología, poder y cuerpo: la novela política contemporánea*. Barcelona: Bellaterra
- Becerra Mayor, D. (2021). *Después del acontecimiento*. Barcelona: Bellaterra Edicions.
- Claesson, C. (ed.) (2018). *Narrativas precarias: Crisis y subjetividad en la cultura española actual*. Gijón: Hoja de lata.
- Claesson, C. (2022). «Introducción: España comparada». Claesson, C. (ed), *España comparada: Literatura, lengua y política en la cultura contemporánea*. Granada: Comares, IX-XXXV.
- Fernández-Savater, A. (2021). *La fuerza de los débiles: El 15M en el laberinto español. Un ensayo sobre la eficacia política, Pensamiento crítico*. Madrid: Akal.
- López Menacho, J. (2013). *Yo, precario*. Barcelona: Los libros del lince.

